



Francisco Pizarro



(...)El hombre destinado a poner de rodillas al imperio inca distaba mucho de ser noble. Había nacido el año 1478, en la ciudad de Trujillo, y era hijo natural de don Gonzalo Pizarro y de una humilde sirvienta dedicada a labores menores en un convento de monjas. Tal ***bastardía*** lo marcó desde el vientre materno. Su padre jamás lo reconoció, y su madre, después de haber sido expulsada del convento en razón de su embarazo, olvidó aquel primer amor, se casó, y tuvo otros hijos a





los cuales entregar su cariño.

El pequeño Francisco gastó los años de su infancia cuidando puercos y alimentando gallinas, sin recibir ninguna instrucción digna de tal nombre. Jamás aprendería a leer o a escribir, y hasta el fin de sus días firmaría los más importantes documentos limitándose a trazar una cruz temblorosa sobre el papel.

Su origen no hacía presagiar un destino notable. En la Extremadura de aquella época abundaban los caballeros antiguos, orgullosos de sus escudos y pagados de su sangre. En esa sociedad, donde nada se ostentaba más que el **linaje**, la genealogía constituía un requisito indispensable para hacer carrera. Seguramente por eso, desde muy joven, Francisco se impuso la exigencia de buscar con sus propios méritos la aceptación social que su nacimiento le negaba.

Desde que era un chiquillo, cada vez que veía a lo lejos el palacio de los Pizarro, soñaba con realizar hazañas grandiosas como las que se leían en los libros de caballería. Su valor y su nobleza le harían ganar **ínsulas** e imperios, y entonces, avalado por sus proezas, entraría en la **mansión solariega** de su padre por la puerta principal, la misma que ahora le cerraban en las narices. Hoy podían tal vez despreciarlo, pero algún día



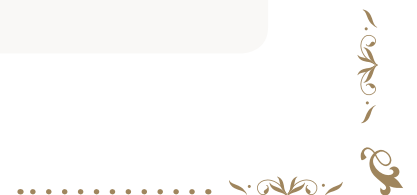


se enorgullecerían de tenerlo por hermano.

Esos, al menos, eran sus sueños de niño. ¿Hubiera podido alguien prever que un día no muy lejano los vería realizados? (...)

Por aquella época América era todavía un terreno incierto y nebuloso. Sólo se conocían las Antillas y apenas se había tocado tierra firme. No se había explorado Yucatán, ni dominado el imperio azteca y ni siquiera se había colonizado Cuba. Sólo se sabía que existía una naturaleza exuberante y algunas aldeas diseminadas por las islas. Con todo, se trataba de una gran oportunidad. En América no existían los prejuicios de nobleza; un hombre valía por sus méritos de combate, no por la pureza de su sangre.

El joven Pizarro se enroló bajo la autoridad de Nicolás de Ovando, enviado a América a hacerse cargo de la isla La Española, desastrosamente administrada por Colón. (...) Durante sus primeros años en América, el recién llegado participó en todas las aventuras del Nuevo Mundo. Militó bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, el valeroso conquistador de Venezuela; cabalgó al lado de Martín Fernández de Enciso, fundador de Santa María la Antigua; combatió junto a Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur (más tarde océano Pacífico) de quien

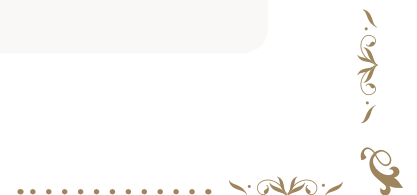




recibió el rango de capitán. En 1519, participó en la fundación de la ciudad de Panamá, que pasó a ser base obligada de nuevas exploraciones, y de la cual él mismo llegó a ser Alcalde. Su carrera fue intensa y exigente: veinte años después de haber llegado a América, podía sentirse satisfecho.

Pizarro, sin embargo, aspiraba a más. A sus ojos de aventurero, no había alcanzado aquella posición confortable para estar tranquilo en la vida. ¿Acaso aquel continente había agotado ya sus posibilidades? Las correrías de Cortés en México demostraban lo contrario. ¿Cuántos tronos como el de Moctezuma estarían esperando su conquista detrás de la selva tropical de Panamá? (...)

No se trataba de una idea descabellada. Precisamente, mientras se encontraba en Panamá, llegaron noticias de un poderoso imperio situado al sur del continente. Según los naturales, se trataba de un reino extenso y riquísimo, que poseía oro, plata y piedras preciosas a raudales. Era sólo un rumor y bien podría haber resultado falso, pero para Pizarro fue más que suficiente. ¡Tal vez fuera la oportunidad que el destino le tenía reservada! En 1524, participó en una primera expedición que fracasó por el hambre y las inclemencias del tiempo.



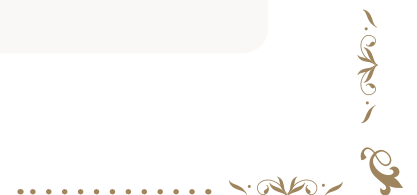


Pero no se dio por vencido. Dos años más tarde partió a la cabeza de una segunda expedición, más armada y mejor pertrechada que la anterior.

Pizarro se preocupó de enrolar en ella a su gran amigo, Diego de Almagro, con quien compartía la ambición y la carencia absoluta de títulos de nobleza. Entre los dos, pensaba en aquel tiempo Francisco, se bastarían para conquistar cualquier imperio. El rico sacerdote Hernando de Luque proveyó los medios y, dirigida por aquel trío, la empresa de conquista no tardó en embarcarse hacia el sur.

Lamentablemente, el entusiasmo duró poco. Apenas perdieron de vista la costa, los españoles comenzaron a experimentar el peso de la travesía. El hambre, el **escorbuto** y las hostilidades de los nativos diezmaron a la tropa. Sólo en medio de tremendas penalidades lograron arribar, en condiciones extremas, a la isla del Gallo.

Aquella empresa de conquista había demostrado estar lejos de ser un pa-seo. A pesar de estar curtidos en toda clase de trabajos y peligros, los hombres comenzaron a quebrarse ante los sufrimientos. Y, como suele suceder en gestas heroicas, muchos de ellos exigieron el regreso. Almagro y Pizarro, presionados por las quejas de sus súbditos, idearon un plan desesperado para salvar la misión. El primero regresaría a Panamá con el grupo





más intransigente de rebelados y, una vez en la ciudad, convocaría a nuevos voluntarios para sustituir a los desertores. Mientras tanto, Pizarro permanecería con el resto de la tropa, obligada a esperar los refuerzos para continuar la expedición. Se trataba de una jugada peligrosa pero, en la mente testaruda de los dos conquistadores, también la mejor.

¿Podía funcionar aquel plan? Tal vez. Pero un imprevisto les salió al paso y destruyó sus planes: alguien hizo llegar a manos de la esposa del gobernador una *misiva* en la que se exponía la verdadera situación de los expedicionarios, *motejando* a Pizarro de “carnicero”. De inmediato el gobernador de Panamá prohibió la continuación de la aventura y mandó un barco a recoger a los sobrevivientes anclados en la isla del Gallo.

Cuando llegó el barco a la isla, el espectáculo era deplorable. Los 85 soldados que se habían quedado con Pizarro tenían la barba enmarañada, los ojos febriles, las mejillas hundidas y los huesos a la vista. Eran los guerreros de la primera línea. No se les podía pedir más. Así lo hizo saber el enviado, comunicando a Pizarro el mandato perentorio del gobernador: debían embarcar de inmediato de regreso a Panamá.

Para el conquistador aquella orden fue terrible. Pizarro no era joven; rondaba los cincuenta años y había





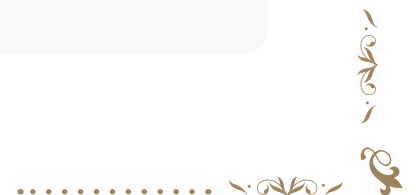
invertido todos sus bienes y su prestigio en aquella expedición. Tenía la conciencia de que, si regresaba, la suerte no volvería a sonreírle. A un hombre como él no se le ofrecían muchas oportunidades en la vida. Aquel fracaso terminaría de sumirlo en la miseria y el descrédito.

Lo cierto es que, en un esfuerzo heroico (o completamente absurdo), se negó a regresar a Panamá. Y en uno de esos momentos a los que no se sabe si calificar de magníficos o simplemente patéticos, desenvainó la espada y trazó en la arena una línea. Y con la misma voz tonante que sus soldados conocían, gritó:

¡Por acá -dijo, señalando el mar-, se va a Panamá, a vivir con la humillación de la derrota! ¡Por acá —señalando el interior de la isla—, se va al hambre y a la miseria de hoy, pero también a la hartura, a la riqueza y a la gloria de mañana! ¡Los que sean valientes, que me sigan!

Y sin volver la vista atrás, cruzó la línea. Seguramente la mayoría de sus hombres pensaron que Pizarro deliraba (de hecho, tal vez lo hacía). Pero hubo al menos unos pocos que se sintieron electrizados por sus palabras. La historia los denominó “los trece de la fama” (...)

Después de aquella escena, el barco no tuvo más opción que regresar a Panamá, maldiciendo la **retórica**

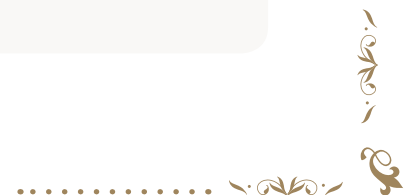




de Pizarro y abandonando aquellos locos a su suerte. Las penalidades del conquistador y de su gente en aquella isla fueron indecibles. Hostigados por el clima, el hambre y los nativos, permanecieron solos en aquel rincón del mundo esperando los refuerzos que Almagro pudiera conseguirles... Desde luego, esperaban en vano.

Con toda certeza hubieran muerto en aquellos parajes si no hubiera sido por un evento absolutamente imprevisto. Una mañana llegó a la isla un nuevo barco procedente de Panamá; traía víveres y el solemne encargo del Gobernador de poner fin a la aventura. Alguien se había compadecido de esa patética avanzada de conquista, encargándose de enviarles una última escapatoria.

Contra todo sentido común, Pizarro consideró que aquel salvataje de último minuto estaba destinado a ofrecerle la oportunidad que buscaba. Ahora tenía un barco con el cual ir a conquistar ese imperio que ya dos veces se le había escapado entre los dedos. Echó mano a su elocuencia áspera y radical, e inexplicablemente logró convencer a la tripulación de sus planes. Aquel conquistador estaba lejos de ser un diplomático, pero su terquedad era capaz de suplir cualquier carencia. Lo cierto es que esta vez el destino se acomodó



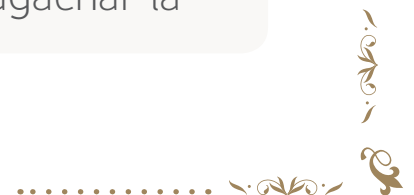


a sus planes. Sobre su nuevo barco exploró la costa ecuatoriana y llegó a Tumbes. Por el viaje fue encontrando manifestaciones evidentes de un imperio ordenado, rico y bien constituido. Los indios se mostraban curiosos y pacíficos. La plata y el oro empezaban a brillar. ¿Sería esta la gran presa que desde hacía años parecía llamarlo desde el sur?

Pizarro volvió de inmediato a Panamá, donde las buenas nuevas le ganaron el favor popular. Las autoridades continuaban oponiéndose a la expedición, pero esta vez Pizarro contaba con argumentos suficientes para trasladarse él mismo a España y defender allí su causa. Así lo hizo. Corría el año 1529.

Después de tantas penalidades, Pizarro podía gloriarse de estarle doblando la mano al destino. Por primera vez, el humilde extremeño contaba suficientes pergaminos para que el emperador en persona lo recibiera en audiencia, lo colmara de atenciones y autorizara todas sus empresas. Incluso la casa solariega de los Pizarro se le abrió entre aclamaciones, y dos hermanastros se enrolaron en la empresa en calidad de súbditos. ¿Qué más podía pedir?

Poco después volvía a América con el título de Capitán General y Gobernador de Nueva Castilla. Este último sería el nombre de las tierras que debería descubrir y conquistar. Ante la firma imperial, las autoridades panameñas no tuvieron más remedio que agachar la





cabeza.

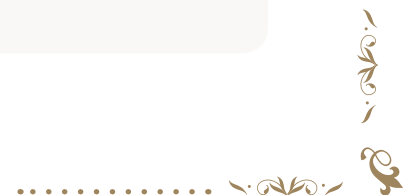
En enero de 1531 Pizarro partía a la aventura. Llevaba consigo 180 hombres, 37 caballos y una buena cantidad de personal indígena de apoyo o yanaconas. Aunque su tropa era muy inferior a la que había comandado Cortés, podría mostrar resultados aún más rápido que el conquistador de México.

¿Cuál era la historia y la identidad del imperio que Pizarro se aprestaba a conquistar?

La tradición de los incas se remontaba a un pasado remoto. Según la leyenda, el imperio hundía sus raíces en los Hijos del Sol, Manco Cápac y su esposa, Mama Ocllo. Viracocha (el Sol) los había hecho emerger del lago Titicaca. Ambos habían predicado en tiempos legendarios el culto de su padre, instruyendo a los hombres en todas las artes de la civilización. De sus manos había surgido la ciudad del Cuzco, capital del imperio. En ella habían edificado un suntuoso palacio y un maravilloso templo consagrado al dios Sol (Koricanchá).

En tiempos de Pizarro, el soberano que gobernaba los destinos del imperio llevaba por nombre Huayna Cápac. Bajo su dominio, la monarquía había llegado a la cumbre de su esplendor. Los territorios y la administración, las costumbres y la cultura: todo parecía haber alcanzado su mejor momento.

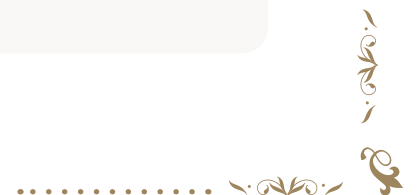
En realidad, aquel imperio guardaba sorpresas milenarias.





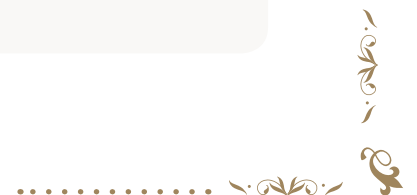
Es verdad que carecía de la escritura y la rueda, dos ausencias que, tal como a los mayas y a los aztecas, habían impuesto un límite a su desarrollo. Pero, a cambio, contaba con avances sorprendentes. La magnitud de sus trabajos colectivos recordaba los de la antigua Roma: palacios, templos, caminos, fortalezas... La agricultura y la astronomía eran asombrosamente avanzadas, y la ingeniería de sus ciudades, especialmente la de la *ignota* ciudad sagrada, Machu Pichu, resultaba suficiente para sorprender al más refinado de los europeos. En ella se sucedían planos y terrazas, comunicadas por innumerables escalinatas, donde se asentaban espacios abiertos, barrios residenciales y conjuntos ceremoniales. Políticamente, el imperio tenía la forma de una teocracia. El soberano era considerado el hijo del Sol y, en tal calidad, representaba a la nación entera. Doce millones de súbditos giraban en torno a él; y todos los cargos políticos y religiosos estaban distribuidos entre sus parientes.

Para el resto de los incas la vida estaba severamente reglamentada. No existía la propiedad privada y, aunque en el papel la esclavitud no existía, la realidad era que, en cierto modo, todos eran esclavos del imperio. Habitados a obedecer a la autoridad sin cuestionarla, los nativos carecían de iniciativa e individualismo. Sin tener en cuenta esta característica, sería muy difícil comprender





las causas de su abrupto desplome. Lo cierto es que Pizarro no pudo llegar en momento más apropiado para su conquista. Durante los últimos años de Huayna Cápac se habían extendido misteriosas enfermedades por el Perú, sembrando la muerte y la desolación entre sus súbditos. Hoy sabemos que se trataba de epidemias introducidas inconscientemente por los españoles, pero, a ojos de los indios, auguraban terribles males para el futuro. Como si eso no fuera suficiente, a la muerte de Huayna Cápac sobrevino una terrible convulsión política entre los incas. El soberano decidió repartir el imperio entre dos de sus hijos: Huáscar, su legítimo descendiente, y Atahualpa, uno de sus hijos naturales. Aquella repartición, imposible en una teocracia, había abonado el campo para la guerra civil. Al caldo de la división se añadieron luego discriminaciones sociales y discrepancias religiosas, y el conflicto se volvió inminente. Las manifestaciones de guerra que se hicieron llegar los dos hermanos fueron todo menos fraternales. Huáscar cortó las narices a los embajadores de su hermanastro y los hizo desvestirse de la cintura para abajo, obligándolos a volver a Quito por el mismo camino por el que habían venido. Atahualpa no se quedó atrás. Apresó a dos espías de Huáscar, los



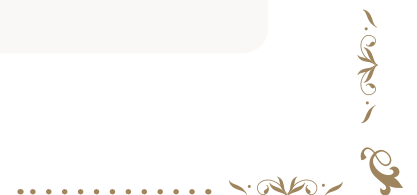


sometió a torturas, y una vez que hubo conseguido la información que buscaba, los hizo desollar vivos.

La guerra incendió las tierras del imperio. Atahualpa llevó la mejor parte: logró apresar y ajusticiar a su hermano, pero, precisamente cuando se encontraba saboreando su triunfo, le llegó la vaga noticia del arribo de hombres blancos y barbados a sus tierras. Para los españoles se trataba de la mejor de las coyunturas.

Corría el año 1532. Pizarro marchaba con su ejército en dirección a la antigua ciudad de Cajamarca. La tierra por la que cruzaba había pertenecido al monarca destronado y, sin conocer más razones que las propias, los nativos le salían al paso recibéndolo como a su libertador. A sus ojos, los dioses del cielo lo enviaban para vengar la derrota de Huáscar, el legítimo soberano. Pizarro no tardó en darse cuenta de las inmensas posibilidades que aquella guerra, aún no cicatrizada, ponía en sus manos. Celebró pactos de amistad con todos los caciques partidarios del monarca derrocado y se aprestó cautelosamente a plantar cara ante Atahualpa. Esa imprevista guerra civil legitimaba su presencia en el Perú. Ni en sus sueños más audaces había imaginado un escenario tan promisorio.

Atahualpa, en cambio, apenas se inmutó. Peor aún, cometió el único error imperdonable en la guerra:



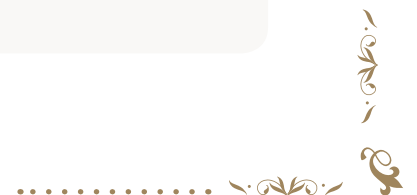


despreció a su enemigo. Al saber el número de los españoles, algo menos de doscientos, pensó que con un ejército de treinta o cuarenta mil soldados era inútil dedicarle mucho tiempo y preocupación a un asunto como ese. ¿Acaso no acababa de arrasar los ejércitos de Huáscar? ¿Por qué, entonces, iba a temer a aquel grupito de intrusos que habían traspasado sus fronteras? Confiado en estos pensamientos, decidió esperarlos en la misma ciudad de Cajamarca, mandando por el camino engañosas señales de buena voluntad.

Más aún, avalado por su aplastante poderío militar, se permitió idear una extraña **estratagema**. Les cedería la ciudad sin lucha. Los españoles penetrarían confiados en una localidad desierta y, al día siguiente, amanecerían rodeados por su ejército.

Así fue. Días más tarde los conquistadores entraban en la ciudad de Cajamarca tal como Atahualpa había previsto. Inicialmente Pizarro y los suyos se mostraron sorprendidos. ¿Por qué se les entregaba una plaza tan importante y enteramente desguarnecida? ¿Acaso los incas ya pensaban en rendirse?

No eran más que ilusiones. Pronto comprendieron la verdadera situación en que habían quedado. Nadie les había cedido nada. A menos que fueran capaces de

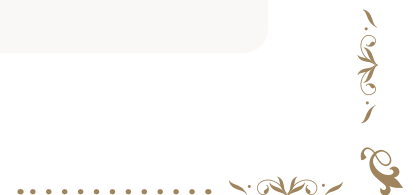




enfrentar al ejército de Atahualpa, Cajamarca sería su tumba.

Pizarro no perdió la calma. Por el contrario, jugó a ganador sin apenas inmutarse. Mandó una legación de los suyos a parlamentar con los indios que rodeaban Cajamarca. Incluso se permitió invitar a Atahualpa a la ciudad, como si ésta ya fuera posesión suya. El soberano inca, seguramente sorprendido ante aquel desplante, asintió; no quería ofrecer ninguna manifestación de temor o inseguridad que lo disminuyera ante sus enemigos. La guerra de nervios estaba por comenzar. De estos momentos previos nos queda una anécdota que bien gráfica el ánimo de sus protagonistas. En medio de aquella embajada, uno de los españoles quiso lucir sus habilidades como jinete. Sabía que para los indígenas un caballo constituía un espectáculo fascinante. Realizó algunos juegos que deslumbraron a la muchedumbre y, cuando vio que había capturado la atención de su auditorio, lanzó su caballo al galope hasta el sitio donde se hallaba Atahualpa. La multitud contuvo la respiración. Y justo cuando se hallaba a punto de arrollarlo, frenó de golpe su cabalgadura a los pies del monarca.

El soberano inca ni siquiera pestañeó ante aquel gesto inaudito. Pero algunos de sus nobles, al ver aquel caballo desbocado, retrocedieron instintivamente unos

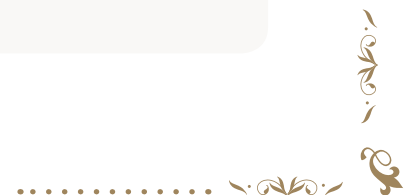




pasos. Aquel gesto de aprensión pasó desapercibido a las muchedumbres, pero no al soberano. Decidido a no dejarse amedrentar por los españoles, esperó que mensajeros se retiraran y mandó ajusticiar a esos jefes pusilánimes. Ninguno de sus súbditos podía manifestar temor alguno frente a los recién llegados. Los incas no caerían en los ardides que habían hundido a los aztecas de Moctezuma.

Otro evento análogo marcó el fin de aquellas conversaciones. Los españoles ofrecieron ceremoniosamente a Atahualpa un ejemplar de la Biblia. Por las palabras del traductor, el soberano imaginó que aquel libro mágico podía hablarle, e ingenuamente se lo llevó al oído. Segundos más tarde, molesto por el desaire de no escuchar nada, lo arrojó al suelo con rabia. Los españoles contemplaron atónitos la escena. En su mentalidad, aquel desprecio era *casus belli* (causa de guerra). Aquel desencuentro acabó de tensar los ánimos de ambos ejércitos, que se retiraron en silencioso repliegue.

En Cajamarca la noche transcurrió lenta y pausadamente, mientras los españoles repasaban una y otra vez sus planes. La invitación extendida a Atahualpa para la mañana siguiente formaba parte de una estrategia bien precisa. Pizarro había comprendido que la única



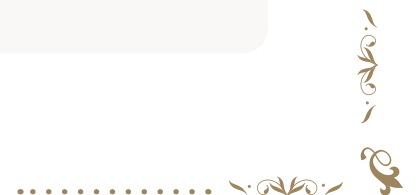


posibilidad de salir con vida de aquella trampa mortal era apoderándose de Atahualpa. Pero ¿cómo hacerlo con solo doscientos hombres?

Al siguiente día, mientras miles de indios rodeaban Cajamarca, el soberano hacía su entrada triunfal en la ciudad. Venía sentado en un altivo trono, rodeado por cinco mil hombres, con todo el **boato** de un monarca poderoso. Pretendía apabullar a los españoles con su presencia. ¿Acaso no habían intentado lo mismo sus enemigos el día anterior?

Para su sorpresa se encontró con una ciudad vacía. Tal vez pensó que los españoles, aterrados ante aquel despliegue de poder, se escondían temerosos a su paso. Con esa ingenua certeza en la mente ingresó a sus calles, sin sospechar que a cada paso se jugaba la vida y el imperio. Lo que siguió apenas es posible creerlo. En un instante sonó un disparo de arcabuz: era la señal convenida. Los conquistadores se abalanzaron a caballo sobre la multitud y la confusión se apoderó de los indígenas. En medio del tumulto cayeron dos mil incas. A Pizarro le bastaron veinte de los suyos para abrirse paso hasta Atahualpa.

Pocos minutos más tarde, los españoles tenían en sus manos al soberano. En un instante el destino había dado un giro decisivo. El imperio incaico había comenzado a tambalearse.



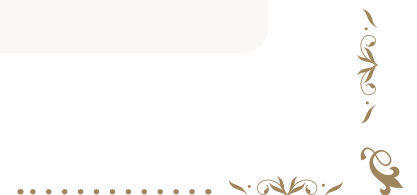


La prisión de Atahualpa fue, al menos al inicio, digna. Se le permitieron las comodidades propias de su rango: riquezas, visitas y sirvientes. Pero la caída había sido propia de una tragedia griega. En un segundo había perdido su calidad de soberano para reducirse a la patética condición de prisionero. El imperio, abruptamente privado de su cabeza, había quedado en suspenso.

Aterrados ante aquella captura, los burócratas iniciaron negociaciones de liberación. Sin Atahualpa, el reino podía desfondarse en el caos. Los españoles, sin embargo, estaban muy conscientes de que ninguna garantía resultaba suficiente para devolver al soberano. Si lo entregaban, podían darse por muertos.

Fue el mismo Atahualpa quien destrabó aquellas conversaciones inconducentes. Incómodo ante la lentitud de sus diplomáticos, pidió hablar personalmente con Pizarro y le prometió llenar de oro la habitación donde se encontraba a cambio de su libertad.

Para un hombre como Pizarro la tentación fue demasiado grande: aquel aposento tenía veinticinco pies de longitud por quince de altura. ¿Podía darse el lujo de despreciar aquel tesoro? ¡Ni siquiera a Cortés se le había hecho una oferta de ese género!





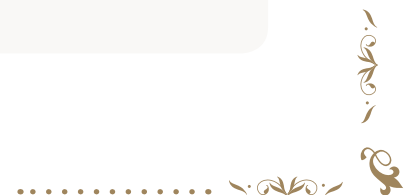
Viendo que el conquistador *titubeaba*, Atahualpa acabó con sus *cavilaciones* prometiéndole colmar de plata otros dos grandes galpones. Después de eso, Pizarro no tuvo más alternativa que prometer la libertad al prisionero.

De ahí en adelante comenzaron a llegar a Cajamarca largas caravanas cargadas de metales preciosos. Se trataba de un espectáculo dramático y fascinante al mismo tiempo: aquella riqueza ingente, acumulada durante siglos en las arcas imperiales, cambiaba de manos en apenas un par de días.

Viendo Atahualpa que los españoles perdían el juicio ante aquel desfile, no temió en ir más lejos y prometer más: un templo cerca de la costa, abarrotado de metales preciosos, y la mismísima ciudad de Cuzco, si la querían. Su libertad bien lo valía.

Una vez pagado el rescate, comenzó la repartición; la corona y los jefes se llevaron la mejor parte, pero ninguna mano ávida se retiró insatisfecha. Aquel tesoro superaba todos sus sueños. Terminada la rapiña, algunos partieron de regreso a España a gastar sus riquezas. Otros, la mayoría, consideraron posible engrosar todavía más sus ganancias o, tal vez, se negaron a abandonar la aventura.

De acuerdo a lo convenido, llegó el momento de





liberar a Atahualpa. Pero por más que ese hubiera sido el pacto, todos sabían que se trataba de un juramento imposible. Dejarlo en libertad hubiera constituido una tácita invitación a la revuelta. Ningún cobertizo lleno de oro era suficiente para pagar ese precio.

Pizarro y los suyos tomaron la decisión de evitar cumplir la promesa sometiendo a juicio al monarca inca. Si lograban barnizar de legalidad su ajusticiamiento, tal vez podrían salvar las apariencias. El veredicto sólo debía encontrar una justificación razonable. Y lo logró: se lo condenó a muerte por el asesinato de su hermano Huáscar, por el engaño a los españoles con promesas de paz, y por sus prácticas incestuosas. Corría el mes de julio de 1533.

Para el imperio inca fue como si el sol se hubiera apagado repentinamente. Aquel pueblo **colectivista** y teocrático, simplemente no sabía vivir sin su rey. El **regicidio** causó infinitas manifestaciones de dolor. Muchos indígenas nobles, **atenazados** por la desesperación, se suicidaron. Hermanas y criadas del soberano se dieron muerte con la pretensión de servirle en la otra vida. Para muchos, con la muerte de Atahualpa, la resistencia dejaba de tener sentido.

De ahí en adelante, Pizarro y los suyos fueron progresivamente ocupando el país. La noticia de sus éxitos llegó hasta Panamá, de donde comenzó a afluir una





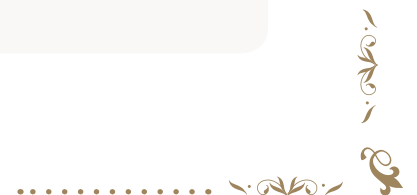
multitud de españoles para enrolarse en sus filas. Un año después, los conquistadores entraban en la ciudad del Cuzco. Era la última presa y la más apetecida: el corazón del imperio.

Lamentablemente, aquel ingreso no escapó a la regla general para este tipo de ocupaciones. Hubo saqueos, violaciones, muerte y destrucción. La tropa no parecía saciarse con nada y sus oficiales resultaban incapaces de controlarla. La sed de rapiña había carcomido toda autoridad moral entre los conquistadores.

Aquella inútil carnicería granjeó a los españoles un odio comprensible y duradero en la población indígena, que sólo encontró refugio a su impotencia en el más absoluto y amargo mutismo.

Muy conscientes de la nueva situación, los conquistadores se apresuraron a nombrar un nuevo monarca. La entronización de Manco II barnizó de continuismo la ocupación hispana, que pronto se extendió a todo el territorio del antiguo imperio. Después de eso el futuro parecía hallarse completamente en manos de los españoles.

La historia, sin embargo, todavía guardaba un último giro irónico para los conquistadores. Una venganza imprevista acechaba su camino: la misma ambición que los había hecho ganar un imperio acabaría finalmente por engullirlos.



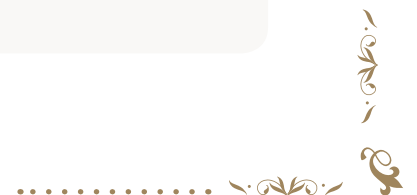


A lo largo de los años había surgido una sentida rivalidad entre los dos principales protagonistas de aquella empresa, Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Es difícil comprenderlo, pero ni siquiera aquella avalancha de oro había sido suficiente para que se la repartieran en paz.

Ambos se habían hecho desmesuradamente ricos y poderosos en aquella aventura, más de lo que nunca hubieran imaginado. Aun así, se sentían mutuamente defraudados, como si el destino se hubiera mostrado mezquino con ellos. Pizarro se sentía incómodo ante aquel compañero insumiso que constantemente le echaba en cara su deslealtad.

Almagro consideraba haber sido pospuesto en la presentación que Pizarro había hecho de la empresa al Emperador, poco antes de lanzar el asalto definitivo al imperio inca. Inicialmente no había habido diferencia de jerarquía entre ellos, pero después de haber terminado la conquista, Almagro sólo parecía un súbdito bien posicionado al alero de Pizarro.

Precisamente por eso, apenas pudo inició gestiones diplomáticas en la corte destinadas a escapar de la tutela de Pizarro y poco tiempo después lo logró. Fue nombrado Capitán General y Gobernador de Nueva Toledo; las tierras que descubriera al sur del imperio



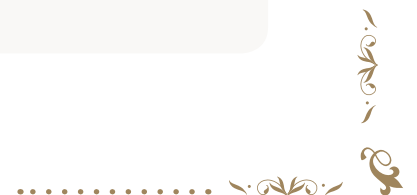


incaico serían suyas.

Con tal nombramiento un nuevo litigio vino a agregarse a la sorda rivalidad que ambos protagonizaban. ¿A quién pertenecía la rica ciudad del Cuzco? ¿Debía considerarse la última parte de los dominios de Pizarro o el inicio de los de Almagro?

En aquel momento, Pizarro se hallaba poniendo los fundamentos de la futura Lima, Ciudad de los Reyes. Recibió la noticia con el ceño fruncido y, presionado por sus hermanos, se negó a ceder un solo palmo de tierra a su antiguo compañero. Almagro, por su parte, amargado por lo que consideraba una traición abierta, decidió probar suerte en Chile. Invirtió casi toda su fortuna en una nueva empresa y se lanzó a la aventura en la esperanza de encontrar más al sur un tesoro digno de sus esfuerzos. Corría el año 1536. Apenas tres años antes ambos habían hundido sus manos hasta los codos en el oro de Atahualpa.

La aspereza del camino y las inclemencias del tiempo lo obligaron a volver. Hubiera debido ser su última derrota, pero a su regreso, se encontró con que los indios de Manco II, hartos de tantas humillaciones, sitiaban el Cuzco y la naciente ciudad de Lima. El astuto Almagro vio en la rebelión indígena su propia oportunidad de venganza.

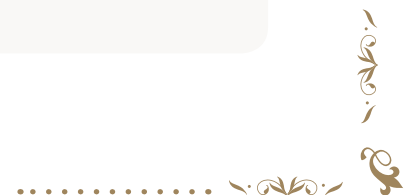




Disponía de un ejército formado por 550 españoles y 12.000 indios bien adiestrados. No logró pactar con los rebeldes, pero aprovechó la insurrección para apoderarse de la ciudad de Cuzco, donde gobernaba un medio hermano de Pizarro. Se trataba de una evidente declaración de guerra. El espectro de la guerra civil se cernía sobre el naciente virreinato y ningún llamado a la cordura parecía capaz de contener a los antiguos camaradas.

Finalmente, a una legua escasa del Cuzco, los dos ejércitos se acometieron. Los de Pizarro, superiores en armamento, se hicieron con la victoria. Y esta vez no hubo piedad alguna. Fue un verdadero delirio de sangre. El mismo Almagro cayó prisionero y fue sumariamente ejecutado. Francisco Pizarro no hizo nada por salvar a su antiguo compañero, pensando tal vez que de este modo podría gobernar en paz su imperio.

Se equivocaba. El mismo torbellino de sangre que había engullido a Almagro estaba destinado a llevárselo a él. Cuatro años más tarde, en 1541, le llegó su hora. Fuera en venganza, fuera en defensa, los almagristas le tendieron una trampa en su palacio y lo mataron. Dicen las crónicas que Pizarro alcanzó a presentir su muerte. Y que, poco antes de ser





apuñalado en la garganta, extrajo la espada de la vaina y exclamó: “Mi espada, fiel compañera de mis trabajos...”. Tenía entonces 63 años.

Francisco Pizarro: en el corazón del Perú incaico (fragmento)

(...)

GLOSARIO

Bastardía: Calidad de bastardo. Es decir hijo que nace fuera del matrimonio.

Linaje: Ascendencia o descendencia de cualquier familia.

Ínsulas: Lugares pequeños o gobierno de poca importancia.

Mansión solariega: Casa más antigua y noble de una familia.

Escorbuto: Enfermedad caracterizada por hemorragias cutáneas y musculares, por una alteración especial de las encías y por fenómenos de debilidad general.

Misiva: Carta que se envía a alguien.

Motejando: Criticando las acciones de alguien con apodos.

Retórica: Discurso que busca convencer y que se caracteriza por lo elevado del lenguaje.

Ignota: No conocida ni descubierta.

Estratagema: Astucia, fingimiento y engaño.

Titubeaba: Dudaba en la toma de decisiones.

Cavilaciones: Acción de pensar profundamente sobre un asunto.

Colectivista: Sistema en la organización de un Estado en la cual no hay propiedad privada, sino que todo pertenece al Estado.

Regicidio: Muerte violenta dada a un rey o al príncipe heredero o al regente.

Atenazados: Afligido.

Elaborado por:

Gerardo Vidal en *El tiempo de las reformas y de los descubrimientos*.

Editorial Universitaria, 2009.

